

# La chiquilla harapienta y el Papa Juan Pablo II

Comienzo de una aventura en la “Gran Isla”,  
los pobres se restablecen

por Pedro Opeka, C.M.  
*Provincia de Madagascar*

Es muy gustosamente como respondo a la petición de *Vincentiana* de que le envíe el testimonio de Akamasoa que contribuye, en Madagascar, a luchar contra la pobreza en esta parte del mundo.

Después de quince años de actividad misionera en Vagaindrano, al sudeste de Madagascar, frente al Océano Índico, fui nombrado, a fines de 1988, responsable de los jóvenes estudiantes paúles en Antananarivo. Descubrí entonces la miseria inaudita en la que vivían millares de familias y de niños en la capital de la “Gran Isla”. Vi aquellas familias totalmente desprovistas de todo en las calles. Algunas habían sido rechazadas del centro de la ciudad, trasladadas como ganado en camiones y dejadas al abandono en las colmas de Ambohimahitsy y Andralanitra, en una total desnudez sin que nadie fuera a llevarles el menor sustento, ¡para, al menos, subsistir!

Yo soy hijo de padres emigrantes. Mis padres habían huido del régimen totalitario que se había instalado en Eslovenia, para emigrar a Argentina. El recuerdo de nuestra vida familiar volvió violentamente a mi memoria. Habíamos vivido una vida muy dura, pero donde estaba presente la esperanza de un porvenir mejor. Ciertamente, las condiciones de vida y del trabajo fueron muy difíciles. ¿Era entonces posible tal esperanza para los pobres de Antananarivo? No cesé, pues, de preguntarme lo que podía hacer para dar a aquellas familias tal esperanza, para que llegaran ellas mismas a salir de la pobreza.

Del 29 de abril al 2 de mayo de 1989, el Papa Juan Pablo II visitó Madagascar. Un día, estaba yo en medio de millares de jóvenes que venían a encontrarse con el Santo Padre. En el curso de la ceremonia, una chiquilla harapienta, que llevaba a la espalda a su hermanito se introdujo en tribuna. Nadie sabe cómo había logrado ella llegar

junto al Papa esquivando la vigilancia de los policías. El Papa reaccionó tomándola en sus brazos para abrazarla con fuerza. Era como si el Papa abrazara toda la miseria del mundo. Aquella chiquilla encontró la ternura reconfortante que ella esperaba. Aquel gesto me perturbó muy fuertemente. Fue una llamada renovada de Jesús. Aquello fue una interpelación irresistible. Mi corazón y mi razón me hablaron: "Ahora, tú debes actuar para poner remedio al sufrimiento de la pobreza humana, a la miseria de esa niña y de ¡tantos otros!".

La vida de San Vicente de Paúl, nuestro fundador, me inspiró de nuevo. Tras años de maduración, San Vicente mismo encontró su verdadero tesoro en la vida de Jesucristo que se despojó de todo para hacerse nuestro hermano, abrazando nuestra condición humana, frágil y pecadora, para darnos dignidad de hijos de Dios. Jesús "el Enviado" vino a habitar nuestra tierra para anunciar a los pobres la Buena Noticia de su liberación, para proclamar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vuelta a la visión. Este ejemplo de Jesús, que asumió esta esperanza con una fidelidad radical hasta la muerte, animó la vida de San Vicente. Trescientos cincuenta años después, el ejemplo de San Vicente es aún de una gran actualidad que guía a tantas personas de buena voluntad en el mundo. San Vicente era un hombre práctico, un hombre de la tierra. Él estaba incesantemente en camino para visitar a los pobres, para aliviarles materialmente y llevarles el confort de la esperanza vivida por Jesús. Como hijo de San Vicente, mi compromiso sacerdotal se encontró, pues, reafirmado para comprometer mi vida junto a los pobres de Antananarivo, bien que había sido llamado como educador y formador.

El 29 de mayo visité algunas familias. Me fue preciso preparar para entrar en el pequeño refugio hecho de trozos de cartón y fragmentos de chapas herrumbrosas que les servían de "alojamiento". La insalubridad de tales refugios era increíble y vi a niños viviendo en una suciedad imposible de imaginar antes de haberla visto. En el curso de los días siguientes, conocí familias, contando a menudo hasta con siete hijos, desmembradas, deshechas: el padre habiendo abandonado a madre e hijos, la madre entregada a la prostitución, los niños sustrayendo sus magras pitanzas escogidas en las basuras de la descarga pública, y los adultos y adolescentes hundiéndose en el alcoholismo y la droga. Cantidad de niños morían cada día y cantidad de otros nacían también. La violencia reinante era terrorífica. Al comienzo de nuestros encuentros, las familias fueron desconfiadas, recelosas. Me tomé el tiempo de escucharlas. Poco a poco se estableció una confianza entre nosotros. Les prometí hacer todo porque llegaran a salir de aquella vida inhumana e indignante para vivir una vida normal por su trabajo.

¿Qué hacer para llevar algunos primeros recursos de urgencia a aquellas personas: atenciones a los enfermos y ayuda alimentaria? ¿Cómo llegar a dar de nuevo una vida social a aquellas personas

abrumadas de desesperación y supervivientes de grandes violencias. Yo no tenía nada en mi bolsillo para ayudarlas y socorrer su miseria.

Me fui a mendigar ante las comunidades religiosas de Antananarivo, que me dieron un poco de dinero y donativos en especie. Rápidamente comprendí que, solo, no podría hacer nada. Afortunadamente, conocía a jóvenes malgaches, estudiantes de la Universidad. Fui a verles y les propuse ir hacia los más pobres. Ellos aceptaron. Respondían a la llamada de Dios: tenían deseo de ir en ayuda de sus compatriotas más desgraciados y excluidos de la sociedad de su país. Pero ellos no sabían qué hacer. Su respuesta fue, para mí, motivo de confort y de ánimo. Desde siempre, leo el Evangelio, y he comprendido que la pobreza no es una fatalidad. Juntos, aquí, podemos comenzar a combatirla. Fue así como, en enero de 1990, fue creada la Asociación Akamasoa (nombre que significa “los buenos amigos”). Esta organización no-gubernamental (ONG) de vocación humanitaria, era necesaria para facilitar nuestras relaciones con las autoridades gubernamentales malgaches, las embajadas extranjeras y los demás organizaciones humanitarias del mundo.

Nuestra primera acción fue organizar la acogida de las primeras familias, provenientes de las calles y de la descarga pública de la capital, en Antolojanahary. Es la primera población que hemos creado, a sesenta kilómetros al noroeste de Antananarivo, en la ruta de Mahajanga y donde, actualmente, setenta familias viven del trabajo de la tierra. Creamos, luego, otras cuatro poblaciones a las afueras de la capital y trabajamos en otras dos regiones de la Provincia de Fianarantsoa, a cuatrocientos kilómetros al sur de Antananarivo, así como en Vaingaindrano, a ochocientos kilómetros de la capital. En nuestras cinco poblaciones de Antananarivo, viven quince mil quinientas sesenta personas (dos mil novecientas veintiséis familias) cuyos ocho mil cuatrocientos nueve hijos están escolarizados desde Primaria al Bachillerato. La pobreza es todavía grande en Antananarivo y, en 2003, hemos llevado recursos puntuales de primera urgencia (entregas alimentarias, servicios sanitarios y dotación de utillaje) a más de veinte mil personas. Hemos construido mil quinientas cuarenta y cuatro viviendas de ladrillo y debemos construir todavía cuatrocientas veintiséis para reemplazar los alojamientos provisionales de madera. La Asociación remunera a tres mil cuatrocientas diecinueve personas que trabajan en nuestros centros de actividad profesional. La escuela está asegurada por ciento ochenta y nueve maestros. Nuestros servicios de sanidad son facilitados por treinta y tres agentes (médicos, enfermeros, comadronas, y auxiliares). Disponemos asimismo de veintinueve asistentes sociales. Finalmente, siete personas gestionan el conjunto de actividades de Akamasoa.

Desde el comienzo, perseguimos, incesantemente, los mismos objetivos: la rehabilitación física, psicológica y moral de las personas



En alto, Bemasoandro (Madagascar), con una escuela primaria.

a quienes la vida de exclusión había deshumanizado; el acceso al trabajo para vivir de ganancias decentes; tener un “Mi hogar”, digno del ser humano, para que la familia pueda desarrollarse: la escolarización de los hijos (la mayoría de sus padres no han tenido acceso a la escuela); la instrucción cívica para construir un sociedad humana y la educación cristiana para amar el don de la vida otorgada por Dios.

No puedo decir que este trabajo sea fácil. La verdad es que es duro, dado que está sembrado de dificultades diarias. Después de catorce años, he aprendido mucho. Los colaboradores que me rodean y que se entregan, con coraje y fe, a este trabajo han adquirido también una mayor experiencia. Hemos aprendido que los más indefensos han sido también lastimados física, psíquica y moralmente y que ellos no saben vivir en una sociedad humana hecha de respecto a sí mismo y a los demás. Se necesita una paciencia sin límite para hacer revivir a una persona que ha sufrido tanto hasta el punto de haber perdido toda confianza y toda esperanza de vivir “como los otros”. Se requiere mucho tiempo para que tales personas vuelvan a ponerse en pie y comenzar a andar. Esto exige contactos personales para llegar a convencerles de que deben dar ellos sus primeros pasos en el trabajo y la disciplina. Hace falta, a veces, batirse para calmar los espíritus calentados por el alcohol. Las recaídas son numerosas: nadie puede ser olvidado, desatendido; entonces hay que reanudar el diálogo. Uno no cambia los comportamientos de los otros, es cada uno quien debe hacer tal trabajo por sí mismo y para sí mismo. La desilusión nos acecha a veces; no hay que ceder. Primero, porque somos colmados de alegría y de ánimos al ver, poco a poco, a millares de personas que han recuperado una vida humana y familiar. Es asimismo una gran dicha ver niños y adolescentes confiando en sí mismos y trabajadores que participan activamente en la vida social de Akamasoa, en las corales, las actividades deportivas, las reuniones del barrio y los grupos de oración. Alabo a Dios por todas las gracias que Él ha otorgado a todo el equipo de Akamasoa para que acompañe a los indefensos que han venido a nosotros para reconstruir su vida.

Desde el principio, fui consciente de que aquel trabajo era un desafío que superaba mis propias fuerzas. Fue con un equipo como aquel combate contra la pobreza pudo ser emprendido; un equipo que fue formado por los pobres mismos. Podemos afirmar que la pobreza está a un paso de ser vencida en los centros de Akamasoa, bien que aún quede mucho por hacer. Nuestro trabajo es una gota de agua en el océano de la pobreza que devasta millones y millones de familias y de niños en el mundo. Nuestra experiencia nos permite dar testimonio de la inmensidad de la tarea. Nos permite afirmar que la pobreza no podrá ser vencida de una vez para siempre, dado que el egoísmo humano es una realidad de todos los tiempos y de todas las



Una familia en su nueva casa en Akamasoa (Madagascar) con el P. Opeka.



Las casas en madera desaparecen poco a poco, pero esto depende, con toda seguridad, de la generosidad de los hombres...

sociedades. Es por lo que la pobreza amenazará siempre y las generaciones futuras tendrán, para siempre, que combatirla. Lo repito una vez más: rechazo el argumento de la fatalidad de la pobreza, ya que tal argumento es la careta de la irresponsabilidad. Combatir la pobreza es el deber de los adultos frente a los niños. Aceptar que el egoísmo domine, es tolerar la pobreza; entonces el trabajo por el desarrollo es vano. Pero nuestro trabajo en Akamasoa nos ha convencido de que, si instauramos unas reglas personales y sociales de solidaridad y equidad para poner coto al egoísmo humano, entonces el trabajo de desarrollo da verdaderos frutos. Tales reglas deben regir las relaciones sociales, pero asimismo las de la economía, de la educación y de la cultura, dado que las causas de la pobreza están en todas estas relaciones inciertas. Si tales reglas no son instauradas en el seno de cada país y entre las naciones, entonces es el reino del más fuerte, que lleva al hecho de que las personas más ricas lo sean aún más y que las pobres se encuentren más desprovistas de todo lo que una persona humana necesita para vivir con dignidad. Ésta es, ¡ay!, la realidad que constatamos en el mundo entero. Es en este trabajo de solidaridad y equidad en lo que los Estados y Organismos Internacionales deben interesarse, en lugar de intervenir a última hora, como para hacerse buena conciencia. Hace falta más que donativos puntuales para combatir la pobreza. Es preciso que a los pobres se les ponga en situación de poder trabajar y de hacer instruir a sus hijos. Es un trabajo que no se para jamás. Es un trabajo que no se contabiliza de manera tecnocrática en resultados que se creen rápidos de obtener. Además de la ayuda material al desarrollo, que ha de permitir al pobre trabajar para ganar su vida, este trabajo es humanitario porque exige que se dé su humanidad personal.

El trabajo de Akamasoa no hubiera sido posible sin la oración y la unión con Jesucristo. La Sagrada Escritura nos enseña que “los pobres de corazón” ponen toda su confianza en Dios. Ellos le confían su vida. Los “pobres de corazón” son conscientes de sus imperfecciones y de sus límites. Entonces, se ponen a la escucha de la Palabra. La pobreza evangélica es una cualidad hacia la que debemos tender porque ella es el manantial del amor y de la bondad que nos abre a los dones de Dios y nos dispone a acoger las gracias del Cielo. Ha sido por esta educación cristiana como mi vocación misionera me ha permitido guiar y mantener la perseverancia de todos para soportar las pruebas. El Evangelio nutre la dedicación para permanecer junto a los pobres y vivir con ellos para comprender sus dificultades y amarles. Nuestra acción no es convincente, si no sabemos estar con quienes sufren y esperan una palabra de vida. Así es como el milagro de la piscina de Betesda se renueva cada día. El tullido se encontraba solo y resignado, nadie venía a sumergirle en el baño sanador. Cuando Jesús le pregunta: “¿Quieres recobrar la salud?”, plantea a los pobres de nuestro mundo esta cuestión: “¿Tienes la voluntad de

sanar para vivir?”. Fue por lo que aquel hombre respondió a Jesús como se puso en pie, tomó su camilla y comenzó a caminar para ser agente de su propia vida.

Queridos cohermanos y queridos amigos, os invito a estar con nosotros por vuestras oraciones. En la comunión de la esperanza dada por Jesús, vuestras oraciones nos darán la fuerza de invitar siempre a los pobres a ponerse de nuevo en pie para vivir con la dignidad de hijos de Dios.

(Traducción: VÍCTOR LANDERAS, C.M.)